

LIBRO DUODÉCIMO.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS (1).

CAPITULO PRIMERO.

¿QUÉ ES UN PARTIDO POLÍTICO?—LOS FUNCIONARIOS EN LOS PARTIDOS.

FACCION.

Los partidos políticos se presentan en todas partes donde se mueve libremente la vida política, y sólo desaparecen en los pueblos que miran con indiferencia los negocios públicos ó se hallan oprimidos por un poder violento, siendo, por lo tanto, su falta un signo de incapacidad ó de opresión.

Cuando las prohibiciones y los castigos ahogan la formación de los partidos políticos en una nación vigorosa, como sucedía otras veces en Alemania, se aleja de la vida política para empeñarse en disputas religiosas ó para desarrollar en su seno las rivalidades y oposiciones científicas, artísticas ó sociales. Estos partidos no políticos tienen cierta analogía con los primeros. El partido religioso ortodoxo es próximo-pariente del partido político legitimista, y el partido religioso de la reforma simpatiza con el partido

(1) Este libro XII ha aparecido en folleto en 1869 con el título *Charakter und Geist des politischen Parteien*, por J. C. Bluntschli (Nordlingen, Beck editores), y fué traducido casi inmediatamente á muchas lenguas. Lo reproducimos aquí con correcciones y acotaciones. La idea psicológica, que es su principio, queda lo mismo, y cada día estoy más convencido de su verdad, á pesar de las objeciones de Treitschke y otros que la han comprendido mal.

político liberal. En la ciencia, la escuela histórica se acerca al partido conservador, y la escuela crítica negativa al partido radical. Las mismas oposiciones naturales son las que producen evidentemente estos grupos paralelos de partidos hostiles ó similares unos á otros; y así, estudiando la naturaleza de los partidos políticos, aclaramos la inteligencia de los otros.

Los partidos políticos se manifiestan con tanto mayor claridad cuanto es más rica y libre la vida política, y por eso en los pueblos mejor organizados políticamente, son más perfectas sus formaciones. La historia de la república romana y el desarrollo del Estado inglés y de la Union americana, sólo se explican por las luchas de sus partidos. El esfuerzo y rivalidad de éstos es lo que engendra las mejores instituciones políticas y lo que pone en claro toda la riqueza de las fuerzas latentes de la nación. No se crea, pues, como ciertos espíritus apocados, que los partidos políticos sean una debilidad ó una enfermedad del Estado moderno; por el contrario, son la condición y el signo de una robusta vida política. El no pertenecer á ningun partido no es ciertamente una virtud del ciudadano, y decir de un hombre de Estado que se halla fuera del movimiento de los partidos es un elogio muy pobre. Los partidos son la expresión y la manifestación natural y necesaria de los grandes resortes ocultos que animan á un pueblo.

Un partido, como la misma palabra (*pars*) lo indica, es siempre una fracción de un todo: sólo representa, pues, el sentimiento de una parte de la nación, y no debe identificarse nunca con el Estado, so pena de hacerse culpable de usurpación y orgullo. Puede combatir á los otros partidos, pero no desconocerlos, ni, por regla general, tratar de destruirlos. Un partido no puede subsistir solo; la existencia de otro opuesto es lo que le da ser y vida.

¿No habrá algun hombre público que deba mantenerse fuera de los partidos? En la monarquía el príncipe representa de una manera permanente la unidad del Estado, del *todo*. La influencia de los partidos no llega á tal altura, pues colocado en la cumbre del orden establecido, se eleva muy por encima de todos ellos, hallándose combinada toda la institución de suerte que el príncipe queda alejado de las contiendas. Se le puede exigir, á él solo quizá, que no pertenezca á ningun partido y que conceda á todos su estima y

proteccionen los términos del derecho comun. Jorge III de Inglaterra cometió una falta tratando de agrupar enderedor suyo al partido de «los amigos del rey,» separado de los otros partidos nacionales whig y tory: éstos ahogaron bien pronto á aquel efímero grupo entre sus dos enormes masas, y el rey nada ganó con el ensayo. Igualmente censuramos á los príncipes del continente que se han puesto á la cabeza de los partidos legitimistas.

Sin duda que un príncipe se ve con frecuencia obligado á apoyar su gobierno en un partido poderoso y capaz por el momento, y á combatir las agitaciones políticas que serían un peligro para el orden público; pero en este caso no debe atender á sus simpatías ó antipatías personales, sino al interés del Estado; so pena de dejar de ser el jefe imparcial y respetado de todos para convertirse en jefe de partido. Debe pues evitar las declaraciones prematuras ó apasionadas, ya en favor, ya en contra de un partido, sobre todo ántes de una lucha electoral; porque la derrota de la parcialidad á quien protegiera le obligaría quizá á confiar, en interés del Estado, el gobierno al partido contrario y vencedor. Un príncipe que quiera ser estable, debe atender á los movimientos de la opinión y saber entenderse con las fuerzas cambiantes que determinan las corrientes de éstos.

No se podría exigir la misma actitud ni á sus ministros ni á otros funcionarios, ni aún al presidente de una república. Los que ejercen el poder no deben obrar, sin embargo, como partidarios, porque la función pertenece al todo á quien sirve y cuyo espíritu la anima. Los actos del funcionario son los actos del Estado; el derecho público, en los deberes que traza y en las atribuciones que concede, desconoce los partidos; la constitución y la ley fijan el derecho aplicable á todos, y ponen límites á las agitaciones de las parcialidades políticas. El juez no mira más que á la justicia; el ministro no puede emplear los fondos del Estado en provecho de un partido, ni dictar medidas de gobierno fundadas en el espíritu de parcialidad: las leyes deben ser imparciales. Sólo allí donde la política comienza, es decir, allí donde la vida se mueve libremente en los límites del derecho, puede entrar en escena el interés de partido.

Esta obligación general de imparcialidad no se opone á que el funcionario pertenezca á un partido, puesto que no es, como el príncipe, la personificación del todo. Si como

funcionario es el órgano y el representante del Estado y debe ser imparcial, como particular y como hombre político tiene una libertad relativa que le permite buscar á sus correligionarios y unirse á ellos. Los más grandes hombres de Estado de Roma y de Inglaterra fueron á la vez ministros ó magistrados imparciales y jefes de partido, y los presidentes de los Estados-Unidos han sido nombrados siempre por un partido. La acción de los partidos desempeña su papel en todas las elecciones, que son su verdadero campo de batalla; y por lo tanto, la importancia de aquéllos crece con el número de funciones electivas, y disminuye á medida que los nombramientos se hacen por el gobierno central ó por el jefe del Estado. La república, aunque sea aristocrática, tiende naturalmente al gobierno de los partidos, y la monarquía limita más su acción. La monarquía constitucional moderna trata de unir las ventajas de las dos formas, abandonando á los partidos las funciones políticas, y sustrayendo á su influencia la mayor parte de las funciones técnicas. La acción de los partidos sube y baja con las agitaciones de la vida pública, y debe cesar cuando llega á la esfera de los deberes públicos. La parcialidad política encuentra una barrera en la situación imparcial del funcionario; pero, así como pedimos al historiador que sea imparcial, es decir, justo y verídico con todos, y que no tenga partido, ó que sea un espejo fiel de las imágenes de la vida, con mayor razón exigimos al funcionario imparcialidad, y que no se mezcle en los hechos de los partidos políticos.

Es de temer, sin duda, que el espíritu de partido corrompa el empleo, lo que sería muy fatal, sobre todo en las funciones de justicia. Por tanto, el juez deberá mantenerse apartado de todas las candentes luchas: como ciudadano ó como diputado, podrá votar resueltamente con su partido; pero como juez, prescindirá de éste.

La filiación de los funcionarios políticos en un partido ofrece ménos inconvenientes, porque los partidos tienen su puesto natural en la vida política: esto es principalmente cierto respecto á los ministros técnicos. Los presidentes y los consejos gobernantes de la república tienen en esto una situación bastante análoga á los ministros políticos de la monarquía. Nombrados por el partido vencedor, no pueden desconocer su origen ni renegar de los principios políticos,

á que deben su elevación. Es peligroso para su consideración pasar á otro partido, ó simplemente vacilar entre dos de ellos: sin embargo, hállanse también al frente de todo el Estado, y si gobernaran exclusivamente en provecho de una tendencia, chocarían contra el sentimiento del derecho y de la justicia en un pueblo sano, y arruinarían bien pronto el crédito político de la mayoría que les hubiere nombrado, la cual demostraría entónces que era incapaz de gobernar.

En resumen, los partidos no son una institución de derecho público, sino de política, ni miembros del organismo del Estado, sino de grupos sociales, de donde cada uno sale y entra libremente, y cuyos individuos se unen en ciertas opiniones y tendencias para una acción política común. Son el producto y la expresión de las diversas corrientes del espíritu público que mueve la vida nacional en el círculo de las leyes.

El partido no se confunde con la facción: ésta es la exageración y la desesperación de aquél, y tan perjudicial al Estado como útiles son los partidos. Estos se forman y ensanchan en una nación vigorosa; las facciones en una nación enferma; los unos completan el Estado; los otros lo desgarran. En su crecimiento, el Estado es animado por los partidos; en su decadencia, es presa de las facciones.

Un partido político es el que se inspira en un principio político, y persigue un fin político también: llámase «político» porque está en armonía con el Estado, es compatible con él, y se halla consagrado al bien común. Un partido puede tener muchos defectos, aceptar irreflexivamente las innovaciones ó adherirse al pasado, emplear medios inútiles ó perseguir insensatos fines, y merece, sin embargo, este hermoso calificativo. Pero un partido no es más que una facción cuando se sobrepone al Estado, cuando subordina los intereses de éste á los suyos propios, el todo á la parte.

Difícilmente podrá llegar la facción á la categoría de partido, pues éste degenera con facilidad en facción. El hombre es á la vez individuo y miembro de la familia, del municipio, del Estado y de la humanidad: su espíritu individual hállase unas veces en armonía, otras en lucha con el espíritu general. De la misma suerte, cada partido político tiene un doble motor, sus intereses particulares y los inte-

reses generales; pero en él triunfan estos últimos. La faccion, por el contrario, es el egoismo triunfante, esforzándose en explotar al Estado en su provecho. Así pues, la faccion y el partido difieren ménos por las fuerzas y por las tendencias que los mueven que por los contrarios polos hácia los cuales se dirigen. El partido se convierte en faccion y viceversa, por una simple inversion de los polos, segun que domina en su seno el espíritu general ó el particular. Sólo la faccion pone sus intereses, sus pasiones ó tambien su estricto derecho por encima del amor á la patria y del bien público;

Un partido puede además ser exclusivista en sus reuniones, nombrar sus jefes, deliberar y decidir, crear periódicos, sostener y animar á sus amigos; resistir á sus enemigos y disputarles la victoria: sus miembros pueden así mismo, sin ser facciosos, sacrificar sus opiniones personales á las del partido, y obedecer á los jefes como soldados disciplinados. ¿Cómo alcanzaría su fin el partido sino formase una asociacion compacta y ordenada? La disciplina de los partidos es una condicion necesaria de su fuerza como en un ejército. Sólo cuando llegan á preponderar el celo y la pasion egoista hácese anti-sociales estos grupos y dejan de merecer el nombre de partidos políticos.

CAPITULO II.

LOS DIVERSOS PARTIDOS.—SUS NOMBRES.—SUS MEZCLAS.

El nombre de un partido no siempre indica con exactitud su carácter: muchos nombres vienen simplemente de un accidente ó de un capricho. Los *jacobinos* tomaron el suyo del lugar en donde celebraban sus reuniones; la izquierda y la derecha lo deben al sitio que ocupan. Tambien sucede á veces que los mismos nombres tienen un sentido diferente, segun la época y los países; los *whigs* y los *torys* de Inglaterra no se parecian á los América: en ésta se distinguian además, ántes de 1778, los federalistas contrarios á la Union y los anti-federalistas ó unionistas; y despues de aquella fecha los partidarios de la Union han tomado el nombre de federalistas. El partido de los demócratas de los Estados-Unidos no corresponde al *democrático* de Europa; el partido *progresista* es uno en Baviera, y muy diferente del de Prusia; y en España los liberales se llamaron un tiempo los *negros*, expresion áPLICADA tambien frecuentemente al partido clerical.

Ciertos partidos deben tambien su nombre á algun término injurioso ó despreciativo: los *pordioseros* de los Países Bajos, los *cabezas-redondas* de la revolucion inglesa, los *sans-culottes* de Francia, y áun los *whigs* (escoria) y los *torys* (bandidos) de Inglaterra.

El color es igualmente un signo distintivo cómodo. Constantinopla tuvo los *verdes* y los *azules*; Inglaterra la *rosa blanca* y la *rosa encarnada*; y en nuestros dias, los *negros* (clericales) y los *rojos* (revolucionarios) forman dos partidos extremos, que se tocan y unen en determinadas ocasiones.

Los nombres más exactos son los que indican el carácter de los partidos, su tendencia política. Hace notar Burkard (*Geschichte der Renaissance*, p. 86) que este género de designacion se inauguró en Italia en la época del renaci-

miento de las ideas políticas. Méenos significativos son los nombres tomados de la persona de los jefes, por ejemplo: los *jacobistas* en Inglaterra, los *bonapartistas* y los *orleanistas* en Francia, los *carlistas* en España y los *mazinianos* en Italia. Asimismo, la denominación por el objeto que los partidos persiguen, tiene con frecuencia mayor alcance económico que político, por ejemplo: los proteccionistas y los libre-cambistas, ó mejor todavía, en el canton de Schwitz los *Hörner* y los *Klauen*, nombres nacidos de una disputa sobre la manera de disfrutar los pastos comunales.

Los partidos se distinguen tambien por símbolos que expresan una idea y revelan su poder. Así vemos agruparse alrededor de una bandera, llevar ciertos colores, ó distinguirse los parciales por escarapelas, cintas, flores y aun por el traje entero. En la antigua Suiza las plumas de pavo designaban al partido austriaco, y las flores de lis al francés; la *encina* y la *yedra* han servido con frecuencia de signo á los bandos opuestos, y la *cruz* y la *media luna* han sido los símbolos de los dos grandes partidos religiosos de la Edad Media.

Los partidos merecen ménos el nombre de políticos, cuanto menores son las diferencias reales que los separan, y ménos se inspiran en los principios políticos. Sin embargo, el hombre de Estado no puede olvidar ni aun esos partidos efimeros, que nacen y mueren en un dia, y que se arrojan con frecuencia sobre las agrupaciones permanentes, trastornan sus filas y retardan sus progresos. Ora es una rivalidad puramente personal de los jefes lo que divide momentáneamente á un gran partido; ora algun interés transitorio, una vía, un camino de hierro, una tarifa aduanera, produce una coalicion accidental entre partidos opuestos. Pero la ciencia no puede ocuparse de estas formaciones sin principio y sin duracion: lo que le interesa son los partidos con principios, porque sólo ellos tienen leyes permanentes.

Por razon de la pureza de su formacion, los partidos políticos pueden dividirse en seis clases:

A. *Partidos mixtos religioso-políticos.*

Una agrupacion confesional de partidos perturba profundamente el espíritu político y dificulta la marcha independiente del Estado con tendencias de secta. Las formaciones de la Edad Media tenían en gran parte este carácter. Las lu-

chas del mundo *cristiano* contra el *musulman*, de los *latinos* contra los *griegos*, y despues de la Reforma, de los protestantes y de los católicos, dominaron la vida de partido durante muchos siglos: Inglaterra fué agitada, aun en el siglo XVII, por las disensiones de los *anglicanos*, de los *presbiterianos* y de los *puritanos*, y Francia, hasta mediados del siglo XVIII, por los partidarios de la *liga* y los *hugonotes*.

La época moderna que distingue cuidadosamente la Iglesia del Estado, separa tambien con más claridad los partidos políticos de los religiosos. Sin embargo, el partido *católico ultramontano* y el *protestante ortodoxo*, forman todavia poderosos restos del pasado y oscurecen la claridad de las oposiciones políticas con sus tendencias y sus preocupaciones confesionales y gerárquicas. La importancia del partido ultramontano será causa de que hagamos de él un exámen especial, que nos dará á conocer mejor el género.

B. Los partidos que se apoyan en *territorios*, *pueblos* ó *tribus*.

Este segundo género de formacion tiene un carácter láico y es más susceptible de principios políticos, porque persigue fines de esta índole; pero es más peligroso que útil al Estado. La base es demasiado ancha y poderosa: cada uno de estos partidos forma, en efecto, un todo relativo, desea considerarse como tal, y, por consiguiente, en vez de moverse simplemente en el Estado, tiende á destruirlo para formar un nuevo gobierno, y lo quebranta con movimientos particularistas ó separatistas.

El gran Washington lo ha dicho: «Guardaos bien de distinguir los partidos por la situacion geográfica.» La formacion de los partidos del Norte y del Sur preparó la guerra separatista de los Estados Unidos, y la formacion del grupo *sur-aleman* en el parlamento aduanero fué un atentado contra la Union aduanera, y dificultó la unificacion de la Alemania.

La agrupacion de los partidos por el territorio ó por la nacionalidad amenaza siempre más ó ménos la unidad del Estado. El imperio británico pudo temer una desmembracion miétras hubo allí un partido *inglés* y un partido *escocés* poderosos; y el el partido *irlandés* ha provocado bajo O'Connel una grandísima agitacion separatista. Nada es más peligroso para el imperio de Austria que la agrupacion de sus diversos pueblos en partidos opuestos: en Hungría,

el partido de los Croatas luchando contra el de los Magyares; en Bohemia, los Tescheques oponiéndose á los Alemanes.

Los partidos fundados en tribus amenazan ménos la unidad del Estado, porque tribus diversas pueden tener conciencia de su nacionalidad comun. Sin embargo, tambien alientan estas agrupaciones las tendencias particularistas. Ninguna ventaja obtendría Prusia de que se dividieran sus partidos en *Rhenanos* y *Prusianos orientales*, en *antiguos* y *nuevos Prusianos*: en Baviera se ha hecho sentir con frecuencia la opinion de los *antiguos Bárbaros*, de los *Francos*, de los *Suecos* y de los *Palatinos*, é igualmente en Suiza la de los de Zurich y de Berna.

D. No deja de tener tambien sus inconvenientes la formacion por los órdenes. Estos no se hallan agrupados localmente como los pueblos ó las tribus, y ninguno de ellos se considera tan fuerte que pretenda constituir por sí sólo el Estado, por lo cual no se halla amenazada la existencia de éste; pero la diferencia de los órdenes es ya bastante grande por sí misma, y formando partidos correspondientes, separarían las diversas capas de la nacion más profunda y fijamente que conviene á la unidad del Estado y á la comunidad del derecho.

Así se formaban los partidos de la Edad Media, cuando no eran religiosos ó confesionales. *El clero*, *la nobleza* y el *estado llano*, los patricios y los plebeyos, formaban á la vez órdenes y partidos. El de los *Junker*, por su tenaz originalidad, se mantiene como una rareza hasta en nuestro Estado moderno. La formacion de un nuevo partido de trabajadores alteraría la pureza de las agrupaciones actuales.

Es necesario que los partidos invadan y atraviesen las provincias, las nacionalidades, las tribus y los órdenes, y que unan los diversos miembros de éstos en un pensamiento y esfuerzo comunes.

D. Los partidos constitucionales, ó formados segun estos principios, son un progreso sobre las formaciones precedentes. Sirveles en efecto de base una idea política, y sus adictos son de todos los órdenes y comarcas; así se habla de realistas ó monárquicos y de republicanos, de aristócratas y demócratas, de constitucionales y feudales, de unitarios y federales, del partido nacional y de los particularistas, de centralizadores y descentralizadores, etc.

Estos partidos se acercan algo á los antiguos órdenes: los aristócratas y los feudales se los cuenta principalmente entre la nobleza y los *Junker*; los constitucionales, entre la clase media ilustrada; los demócratas en las masas; pero no están unidos á los órdenes, y reclutan sus partidarios en todas las clases de la sociedad.

En el fondo, tienen principalmente un valor de transicion, y pertenecen más aún al derecho público que á la política. Nacen en las épocas de cambio, de revision ó de interpretacion de las constituciones, y cesan con las luchas que por esto se originan, una vez fijado el derecho público.

Estos partidos han tomado en nuestros días una importancia tan grande sólo por razon de las luchas constitucionales que agitan desde hace un siglo al mundo civilizado; pero ellos mismos trabajan en su ruina; porque su mision ha terminado con el triunfo definitivo de la constitucion que defienden. Tienden pues á desaparecer como partidos políticos para convertirse en poderes de derecho público, y en vez de acompañar á la vida del Estado como simples partidos, aspiran á encarnar en él y á absorberlo.

La constitucion representativa moderna da á la monarquía, á la aristocracia y á la democracia una situacion legal determinada, puesto que cada una de ellas puede expresar su voluntad y sus sentimientos en el organismo constitucional por medio del gabinete, de la Alta Cámara y de la Cámara popular. Es, pues, inútil que se combatan como partidos políticos: sus principios, más bien que principios políticos, son leyes constitucionales; su fuerza está en el sistema asegurado de la constitucion y no en las movilizaciones agrupaciones políticas.

E. El partido del gobierno y el de la oposicion son más propios de la política. Sin embargo, en el lenguaje inglés, estas expresiones indican simplemente un hecho, aplicándose la primera al partido que está en el poder y en posesion de los destinos públicos, y la segunda al partido contrario. La poderosa aristocracia inglesa que gobierna en nombre del rey, se divide desde la revolucion de 1649 en dos grandes partidos políticos, los whigs y los torys, ó los liberales y los conservadores, como se dice más bien hoy. Capaces ambos de gobernar, se encargan alternativamente del gabinete que comprende á la vez la direccion de las mayorías parlamentarias y el gobierno político, llegando á ser

sucesivamente el partido de gobierno y de oposicion, lo cual permite decir que en Inglaterra son los partidos los que gobiernan.

En Francia y en Alemania, por el contrario, el partido gubernamental ó ministerial es el que apoya constantemente al poder, y partido de oposicion el que le es siempre hostil y se complace en contrariar todos sus propósitos: el primero apoya á los gobernantes aunque se equivoquen, y se acomoda á todos los cambios de régimen, comprendiendo á todas las personas que dependen del poder, y á aquellos espíritus que, dominados por el sentimiento de la autoridad, están siempre dispuestos á servirla bajo todas sus formas.

Un partido de esta clase puede ser momentáneamente útil, porque sus votos pesan siempre y contrabalancean los deseos de la oposicion; pero ¡desdichado el gobierno que en las crisis se apoya en esta frágil base! ¿No teniendo fuerza interna, cómo puede ser un apoyo para los demás? Vacila y tiembla cuando el gobierno está amenazado, y abandona al punto á un ministerio quebrantado para alistarse bajo las banderas de sus adversarios. Este partido sin conviccion goza generalmente de escasa estima é influencia, y apenas merece el nombre de partido político. Es un satélite del poder, sin valor moral y sin dignidad, fácilmente asequible á la corrupcion, dispuesto siempre para hacer traición y vender sus servicios.

Semejante grupo no podría subsistir mucho tiempo en un pueblo viril, cuyos partidos políticos tengan vitalidad, y bien pronto sería ahogado por éstos. Si le encontramos aún en muchas monarquías del continente, á veces unido á los tradicionales partidos cortesanos, es como un legado fatal de los antiguos obstáculos de la vida pública.

No es ménos desastroso el partido de oposicion sistemática. Mientras que el anterior es servilmente dócil, éste es siempre recalcitrante; el uno sigue constantemente al poder, el otro lo contraría en todo y por todo: ámbos son detestables manifestaciones de la vida pública.

Con gran injusticia conceden á veces los gobernados sus favores á este último. Sus cualidades, negativas siempre, sólo son aparentes, y si no tiene el egoismo del primero, tiene en cambio la obstinacion, la contradiccion terca, el espíritu anti-social de la anarquía, mereciendo ser igualmente condenado por un pueblo viril. La popularidad

de los oposicionistas sistemáticos de las cámaras alemanas (1820 á 1840), se explicaba principalmente por la poca madurez de nuestra vida política. Creíase entonces que un buen patriota debía hacer siempre la oposicion, cuyo error muy generalizado, prueba el descrédito en que habían caído los gobiernos. Los mismos jefes de la oposicion se hacían sospechosos cuando llegaban al poder.

F. En fin, la forma más pura y perfecta es la de los partidos que sólo se inspiran en principios políticos (no en principios religiosos, de orden, de derecho público ó de intereses), y que acompañan libre y constantemente á la vida del Estado.

Segun Wachsmuth (*Geschichte der politischen Parteien*, I, p. 32): «el principio del progreso, que es indudablemente una ley de la historia general de la humanidad, parece no haber tenido ninguna influencia en la historia de los partidos: tal como estaban en la antigüedad, así han llegado hasta nuestros días.» Este es un error profundo. Sin duda la naturaleza humana que es también el fundamento de los partidos, es esencialmente la misma, y las pasiones excitadas pueden conducir hoy, como hace dos mil años, á actos de odiosa barbarie. El pueblo francés se creía en el siglo pasado el más civilizado de la Europa, y bien pronto cerca de París se manchaba con las matanzas de Setiembre. Sin embargo, á pesar de los crímenes aislados que han ensangrentado nuestra época, un soplo más humano ha templado los odios, y las luchas civiles son hoy ménos crueles y violentas que en los tiempos pasados.

Pero el verdadero progreso que se debe señalar, es que en realidad cada grande formacion nueva de partidos se eleva un grado por encima de la precedente. Los partidos se han desligado más y más de toda influencia extraña para fundarse en los principios, para llegar á ser más conscientes y más libres.

Así, los partidos tradicionales de los whigs y de los tories, han dado ciertamente un gran paso, viniendo á ser, bajouna forma más pura, los liberales y los conservadores modernos.